

Lugar Sagrado

La Casa Sagrada de Dios nace de piedras llenas de vida

Dr. Angela M. T. Reinders

“No me gustaría vivir en un mundo sin Catedrales. Necesito de su belleza y prominencia. Las necesito a cambio de la banalidad existente en el mundo. Quiero alzar la vista y mirar la luminosidad de vidrieras de iglesias y dejarme deslumbrar por colores no terrenales. Necesito de su brillo. Lo necesito a cambio de la suciedad de los colores normalizados de los uniformes. Quiero dejarme envolver por el frescor austero de las iglesias. Necesito su silencio imperioso. [...] Amo a las personas que rezan. Necesito sus miradas. Las necesito a cambio del veneno malicioso de los superficiales e inconsiderados. [...] Un mundo sin estas cosas sería un mundo en el que a mi no me gustaría vivir.” El autor Pascal Mercier pone estas palabras en boca de Amadeu Prado, un personaje de novela cuya vida se desvela con la lectura del libro *“Tren nocturno a Lisboa”*. Casi encendido en cólera el protagonista de la novela defiende la presencia de espacios sagrados en el mundo, contra el mundo, como símbolo exhortatorio para el mundo.

Así de cierto es como que la iglesia y las personas que en ella celebran una liturgia, que en ella rezan y que en ella se unen con Dios no pueden olvidar el mundo profano - ¿qué sería un oficio divino de la misa sin un servicio humano? -, así de cierto es que lo Sagrado y los espacios en los que vive no están disponibles para las personas. Dios es “lo Sagrado”. Así lo dice la Liturgia, pero Dios no es únicamente lo Sagrado, cuando las personas cantan y dicen estas palabras, cuando lo reconocen como lo sagrado. Dios es sagrado ante cada palabra humana. No está disponible para las personas.

“Espacio”, “Makom” como espacio habitable de la Schechina, de la sabiduría de Dios, es por así decirlo uno de los nombres de este Dios sagrado y no disponible. Dios, que es espacio y concede, dispone espacio para las personas para que vivan en él. Las personas que reciben el espacio como donación de la mano de Dios sienten y creen que Dios rodea su espacio vital y que permanece dentro actualmente. Por tal motivo, dentro el hombre puede encontrarse con él:

Moisés cruza el espacio, como de costumbre se mueve en los contornos claramente perfilados. Un día y con decisión audaz llevó las ovejas que apacentaban “a través del desierto”. (Ex 3,1). Así, al atravesar sus propios límites es posible que se encuentre con Dios. Sin embargo, el espacio sagrado de Dios es en alemán moderno y en sentido literal un “no go”, un espacio de no acceso: “No te acerques; quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es”. (Ex 3,5)

Rodeado de lo Sagrado, de Dios, disponiendo un espacio vital el hombre puede habitar el mundo. “Habitar significa para la persona tener una morada para estar consigo mismo, para el encuentro con uno mismo y el encuentro con personas de confianza. Espacios sacros añaden a ello como una tercera dimensión el encuentro con el prójimo, con Dios”.

Vías en el espacio.

Este sentimiento de tercera dimensión tuvo en otras religiones y culturas incluso una relevancia

mayor que en la cristiana. Mircea Eliade, Historiador rumano de las Religiones (1907-1986), elevó el sentimiento místico de territorialidad en la conciencia, según el cual la persona diferencia entre espacio "lleno de sentido" y "amorfo". Quien cambia del espacio quebradizo y agrietado al espacio lleno de significado, traspasa umbrales – en primer lugar el umbral de su propia casa hacia el hogar, después el umbral hacia el espacio sagrado. El Renacimiento actual del "hogar" permite reconocer que las personas se compenetran hasta el día de hoy de la ideología de este pensamiento místico del territorio. Edificios sacros y [...] eclesiásticos demuestran a quien se dirige a su interior que al entrar traspasan el umbral del distrito del sentido del día a día y sus coacciones pragmáticas y que se dirigen hacia otro "horizonte del sentido". [Ellos son...] indicadores de algo que trasciende la rutina y literalmente están espacial y urbanísticamente en medio de la vida cotidiana". Los umbrales del santuario fueron los que hacían experimentable el numinoso, lo indisponible de un culto en sus fronteras llenas de significado.

El Cristianismo ha comprendido alguna vez salvaguardar en las zonas nuevas para las misiones la continuidad de una zona sagrada, de un lugar o espacio sagrado. Allí donde las personas habían celebrado durante siglos a otros dioses, otros ritos, otros cultos, allí ocupó ahora su lugar el Dios de los Cristianos. El mismo Reino Cristiano comenzó su propia historia bajo persecución y acoso. Más de tres siglos duró el camino comenzando en las casas privadas, lugares de reunión privados y catacumbas hasta que finalmente las comunidades cristianas pudieron ocupar sitio. Una de las formas eclesiásticas más famosas, la Basílica, no es para nada una forma genuina del cristianismo. Tanto los juzgados como los "halls multifuncionales" de la antigüedad experimentaron su nueva definición como patrón para espacios eclesiásticos del Cristianismo. Finalmente había grandes edificaciones accesibles para todos que posteriormente fueron diseñadas en función de como se desarrollaba el oficio de la misa en el transcurso de los siglos. De las edificaciones surgió poco a poco la "liturgia edificada". Lo sucedido en el espacio, la festividad de la comunidad con y en Dios, santificó el espacio- esta dimensión se añadió a lo que la elección de la morada alegó para el encuentro con el Dios sagrado.

En el lugar del poder curativo

El suceso litúrgico en el espacio sagrado de la iglesia y el diseño del espacio estaban estrechamente unidos al dibujo de la iglesia de la época. Carlomagno no pudo tener de niño en su época y bajo la teología que dominaba en ella ningún otro dibujo que la visibilidad de la legitimación de los dioses del dominio real como realidad del Reino de Dios en la tierra. La edificación eclesiástica también reflejó lo mismo en lo constantino y justiniano. Carlomagno quiso dar forma visual mediante una edificación eclesiástica a la propia devoción y al poder dado por Dios como Rey. Para ello debió hacerse dos preguntas: ¿Dónde construirla? Y la segunda: ¿Cómo?. Es suficientemente seguro que Carlomagno valoró particularmente Aquisgrán –sobre todo por el poder curativo de las fuentes termales y por su ubicación práctica y estratégica.

El procedimiento de edificación franco del actual octógono fue erigido con un presentimiento para la santidad del lugar en el siglo cuarto o quinto en lugar de edificaciones romanas, que abarcaban entre otras una cuenca de fuentes. Resulta bastante probable que aquí se honorase en épocas tempranas al Dios galorromano Granus. El agua que brota ejerciendo un poder curativo fue incluida en un baptisterio de la iglesia anterior en tiempos de Pipino; por tal motivo el agua (Juan 4, 13) podía servir para llevar a cabo el Sacramento. Posteriormente se erigió en esta pequeña edificación eclesiástica –seguramente con anterioridad al año 765 – un altar reliquia y se reedificó con una capilla. Aquí yace el germen de la instalación de Carlomagno.

La Liturgia que posteriormente debería celebrarse en “su” iglesia fue determinante en el proceso de unificación de la liturgia del reino que Carlomagno puso en práctica. De ninguna manera no debía erigirse su capilla palatina completamente privada, sino como era costumbre en el siglo octavo, una iglesia dedicada a María –la “Reina de los Cielos”-, que concedió espacio para una celebración diaria de la misa en altares alternativos, para la oración del coro de la comunidad canónica y para la oración de Carlomagno y el *stabilitas regni*, el reinado del Rey sometido a Dios.

Ahora, ¿cómo construir y modelar tal espacio sagrado? Incluso, si Carlomagno mismo presentase el boceto del espacio que él quería que se construyese resultaría extraño para él e incluso inimaginable. Tal acercamiento a un espacio sagrado como a lo ajeno se corresponde con su última indisponibilidad: “En casa sólo estoy conmigo mismo; allí donde se cantan mis canciones, se habla mi idioma, se citan mis textos favoritos y de la forma como a mí más me gusta”, dice el teólogo Fulbert Steffensky (* 1933) de Hamburgo. “En casa sólo estoy conmigo mismo -¿qué hogar más sofocante sería! [...]. Yo no soy suficiente para mí – eso lo aprende uno con lentitud en la vida. Y yo necesito más que yo mismo. También necesito a los otros. Necesito los pensamientos, los gestos y los juegos religiosos de mis hermanos mayores y más pequeños. Necesito las canciones de los muertos. “Es importante aprender esta creencia y darle expresión” [...] también en el idioma de los hermanos, que sólo me pertenece la mitad o me resulta extraña por completo”.

Que estas lenguas también siguen labias completamente extrañas y pueden hablar mediante transformaciones en todo el mundo, traducía Carlomagno en su esbozo para la Iglesia de Nuestra Señora. En el año 787 recibió inspiración de San Vidal, de la edificación central en Rávena, que incluso a nivel intelectual y urbanístico se refiere a la constantinopolita Hagia Sophia. Por encargo de Carlomagno, el arquitecto Odo von Netz dirigió los trabajos del primer gran cimborio al norte de los Alpes. Carlo fundió muchos elementos en su espacio sagrado. El introdujo ideas poco usuales de una edificación central en esta zona. El salvaguardó elementos de estilo romano consagrados – ahora arcos sagrados siguiendo el ejemplo de los arcos de triunfo romanos de la edificación del aula – y materiales – los restos de murallas previos a la época de Pipino que él hizo elaborar para pintar como miniaturas y el mortero para poder construir fundamentos concebidos para la nueva arquitectura. El recibió del Papa Adrián (772 – 795) la autorización por carta para transportar pilares y mármol de los siglos cuarto hasta el sexto desde Rávena hasta Aquisgrán. Las influencias históricas del pensamiento provenientes de “lenguas extranjeras” las atribuyó al espacio sagrado de su iglesia de Nuestra Señora con el toque básico de la Biblia. Quien traspasa el umbral del espacio sagrado debería por así decirlo volver a reconocer la lengua materna del Primer y Segundo Testamento. El octógono exterior original de color rojo hace suyo con la cifra ocho la simbología bíblica, apoyándose en las edificaciones modelo: los supervivientes del diluvio, las visiones de Zacarías al Plan de Jahvé, reconstruir la Jerusalén destruida, las beatitudes evangélicas, el día de la Resurrección de Jesús –comenzando la semana pasada- según Lucas 24,1.

La unidad de medición, el Pie de Franconia, calculaba la totalidad del concepto para la edificación de la iglesia en relaciones numéricas correspondiendo con la cifra bíblica apocalíptica de los Salvados (Apocalipsis 7, 4-8): Según testigo Alcuino, el “Ministro de Cultura” de Carlomagno, persiguió a Carlomagno para ya dibujar en piedra el cuadro bíblico de la ciudad celestial de Jerusalén (que según información bíblica también mide 114 pies) y con claras reminiscencias al tempo de Jerusalén hacer visible y palpable el encargo divino de esta edificación. Cuando la iglesia de Nuestra Señora ya no pudo abarcar la corriente de peregrinos, se resolvió la problemática del espacio mediante

nueva construcción de un coro gótico en lugar del pequeño carolingio, el comienzo de la obra data del siglo XIV. Con su arquitectura y simbología numérica –doce pilares, cargados por doce apóstoles y dos pilares adicionales, que reflejan a María y Carlomagno- el coro se convirtió en imagen de la celestial Jerusalén, en “cuadro de un Reino, asegura la Salvación”. En la “casa de cristal” de Aquisgrán, como se denomina el hall del coro, se logró la mayor transparencia posible de la pared hasta la fecha – para atrapar la luz de la ciudad celestial en el interior del espacio sagrado, que alumbraba “diáfana como el cristal” (Apocalipsis 21,11). El cielo puede descender planeando en la verticalidad clara del gótico, abandonarse en el mundo de las personas, para que ellos puedan acercarse creyendo y orando.

Posteriormente se añadió la corona de la capilla al edificio de la iglesia, espacios que ofrecían a los peregrinos un hogar y que encontraban el objetivo de su nostalgia en las torres sagradas de Aquisgrán expresándose con claridad sobre su propio anhelo hacia Dios: “El hombre debe expresarse con claridad acerca de su anhelo. En primer lugar se busca a sí mismo. Le queda descubrir que sólo se encontrará a sí mismo por completo en el camino cerca del Cristianismo”. Precisamente la capilla Húngara convence de cómo los espacios sagrados simbolizan y refuerzan relaciones maduras como si fueran una casa que surge de piedras con vida.

Casa de piedras con vida

Iglesia Reliquia, Iglesia Sepulcral de Carlomagno, Iglesia de Coronación, Iglesia Episcopal – 1802 durante poco tiempo y a partir del año 1930 sin excepción hasta la actualidad: Naturalmente todo esto se refiere a la Catedral de Aquisgrán. Sin embargo no son suficientes estos términos para definirla – como puro edificio funcional carece de toda dimensión que le de su significado. “La Iglesia de Nuestra Señora de Aquisgrán fue y siempre ha sido más que un simple lugar histórico y fascinante para la enseñanza, de una belleza propia de museo y reminiscencia cultural. Fue y es un lugar sagrado para la veneración mediante la oración”. Su ruego lo ha constatado Carlomagno durante todos los tiempos: “Cum lapides viri paris compage ligantur – La casa sagrada de Dios surge también de piedras con vida”, reza la inscripción en piedra.

“¿Hacia donde debemos ir con nuestros sentimientos”, con la creencia y búsqueda, con la urgencia y la alegría? El espacio sagrado acoge y vigila todo lo que en él se habló, se lloró, se besó y se quejó, se oró y en silencio se esperó, se confesó y ocultó; todo lo que el “ajeno” espacio sagrado alzó al conocimiento de los oradores.

[...] Si a lo largo de más de 1200 años de historia de esta Catedral no hubiese habido con continuidad oradores, no existiría esta Catedral y hoy Aquisgrán sería seguramente un pueblo de aguas termales”, formuló de forma provocadora el Párroco del Colegio Mayor de Aquisgrán Christoph Stender. Pero con las “piedras con vida” está presente la fe. Quien accede a la Catedral, traspasa el umbral hacia la promesa de la Biblia: “Vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron. Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas”. (Apocalipsis 21,2-5a).

Angela M. T. Reinders

Dr. Angela M. T. Reinders, nacida el 1965 en Aquisgrán, estudió Teología en Bonn y

Münster, Redactora y Lectora para la Editorial Bergmoser + Höller Verlag, Aquisgrán.

[Traducción: Ana María González]